



«Traté de alejarme del 'niño de la bomba' y ser feliz, pero siempre hay baches»

El periodista y escritor Ander Izagirre escribirá la historia de la víctima de ETA Alberto Muñagorri gracias a los 25.000 euros de la beca Raúl Guerra Garrido

ALBERTO MOYANO

SAN SEBASTIÁN. La historia clavada en la memoria colectiva no siempre tiene por qué ajustarse a los hechos. La de Alberto Muñagorri (Rentería, 1972) dicta que al mediodía del 26 de junio de 1982, el por entonces niño de diez años pateó una mochila abandonada en una calle de Rentería y la bomba que había en su interior le hirió gravemente. Sufrió la amputación de una pierna, perdió la visión de un ojo y sufrió múltiples heridas cuyas secuelas arrastra hasta hoy. El único problema es

que las cosas no fueron exactamente así: Muñagorri no dio una patada a la mochila, sino que el temporizador de la bomba estalló a las doce del mediodía en lugar de a las doce de la noche, como presumiblemente pudo ser la intención de ETA. En cuanto a las secuelas, las físicas no fueron menos graves que las psíquicas. Muñagorri lucha aún hoy por sobrelevar ambas.

Con estos materiales, el periodista y escritor Ander Izagirre escribirá la historia de aquel 'niño de Rentería' cuyo infortunio se convirtió en advertencia para toda una generación que creció con precaución y admoniciones de los padres hacia cualquier bolsa o mochila abandonada en la calle. El columnista de 'El Diario Vasco' y autor de 'Potosí', 'Subcampeón' o 'Plomo en los bolsillos' tiene por delante un año de trabajo y los 25.000 euros de la beca Raúl Guerra Ga-

rrido que concede la Diputación guipuzcoana.

Puestos a hacer memoria, Ander Izagirre no tiene muy claro cuándo fue la primera vez que oyó el nombre de Alberto Muñagorri ya que tenía seis años en el momento del atentado, pero sí que fue muy pronto. «El nombre se me quedó grabado, como a tantos otros niños de los ochenta. 'Si ves una bolsa abandonada en la calle, no la toques, mira lo que le ha pasado a ese niño de Rentería'. En el caso de Alberto, los recuerdos son más nítidos y a la vez más difusos. 'Mi primer recuerdo fue despertarme en la UVI y ver unas manchas verdes, que eran mis padres. Me acuerdo de que me quedé mirando la mochila, pero no del momento de la explosión, aunque parece ser que no perdí la conciencia».

Sí coinciden los dos en lo improbable que resulta la rocosa teoría de la patada. «No tiene sentido —explica Ander—, nadie da una

patada a una mochila y en el caso de Alberto, es diestro, pero la explosión le amputó la pierna izquierda». Por no hablar del cúmulo de circunstancias que permitieron que lo que podía haber sido una explosión controlada o incluso una desactivación del explosivo desembocara en una tragedia. Aunque ETA nunca avisó de la colocación de la bomba, las autoridades localizaron la mochila y la Policía Municipal acordó la zona, aunque al cabo de unas horas levantó la cinta. En cuanto a la Policía Nacional, fue avisada, pero no acudió. Años después, el Estado pidió el juicio que entablaron los padres de Muñagorri y fue condenado «como responsable subsidiario por funcionamiento anómalo

LAS CLAVES

Ni Muñagorri ni Izagirre creen que Alberto pateara la mochila: «Es diestro, pero la explosión le amputó la pierna izquierda»

Tras el atentado, la vida de Alberto ha pasado por altibajos hasta desembocar hace unos años en un episodio depresivo

Alberto Muñagorri y Ander Izagirre, ayer, antes de la presentación de la beca Raúl Guerra Garrido.

GORKA ESTRADA

de los cuerpos de seguridad». Eso sí: ése ha sido el único juicio. «El que puso la bomba se fue de rostros», en palabras de Muñagorri.

Encuentro restaurativo

Tras el atentado, Muñagorri trató de seguir el consejo de su madre: «Ser feliz. Me dediqué a intentar alejarme de la figura de 'el niño de la bomba', y hacer mi vida, tener mis amigos y relaciones, mi trabajo y una vida normal, con las luces y sombras que te deja un atentado». No se le escapa que ahora con el anuncio de la beca y dentro de un año con la publicación del libro, esa condición de víctima infantil volverá a sobrevolarle: «Ahora seré 'el niño de la bomba', pero ya con una perspectiva muy diferente porque no quiero que el libro me revictimice, sino que la gente conozca lo que viene después de un atentado, que es lo importante. No quedarnos en aquel 26 de junio de 1982». Y en su caso, ¿qué fue lo que vino? «Unas secuelas físicas importantes y emocionales que salieron a la luz al cabo de muchos años. La gente se queda en el atentado concreto, pero los heridos hemos sido los grandes olvidados de todo esto».

«Con los años —añade— surgen más problemas por las secuelas del atentado», que en su caso se tradujeron en un episodio depresivo «a raíz de un conflicto familiar. Siempre hay baches. Te das cuenta de que aquello que con 15 años pensabas que estaba gestionado y superado, vuelve y te descoloca. En 1982 no existía ni el término 'salud mental'».

El ahora concejal del PSE no tiene muy claro si en algún momento sintió odio, aunque admite la posibilidad. «Mi madre me decía que era importante no odiar, pero imagino que existió en ciertos momentos, aunque no los identifique. Sí que he sentido rabia e indignación sobre lo que me pasó y sobre lo que me pasaba». Todo esto no le ha impedido mantener un encuentro restaurativo en prisión con un exmiembro de ETA. «Fue duro, pero nunca he negado el diálogo a nadie. Me encontré a una persona, con mucho sentimiento de culpa y con la que hoy en día sigo teniendo relación sin ningún problema».

Lo que siempre albergó Alberto Muñagorri fue la intención de escribir su historia. «Para mí, que no tengo hijos, iba a ser mi legado a la sociedad. Creo que este libro servirá para hacer un arco de cincuenta años de violencia en el País Vasco», apunta Izagirre. El proceso de gestación ha sido largo porque «es una historia que necesitaba su proceso de maduración y que Alberto estuviera con ánimos. Ahora lo está».